ble como su ignorancia, y esta hace que resalte mas aquella.

Esta última proposicion ha sido brillantemente tratada en nuestros dias por Troplong, uno de los mas concienzudos é ilustrados ingenios de la época, en su bella memoria, leida en el Instituto, *De la influencia del cristianismo sobre el derecho romano.* Aun halagando las pretensiones y susceptibilidades filosóficas de los que le escuchaban, el elocuente jurista se espresaba así:

"....La cruz en que Jesucristo habia sido inmolado, se habia convertido en estandarte de una religion que iba á regenerar el mundo, y los apóstoles habian salido de la Judea para ir á llevar á las naciones la palabra evangélica. Todos cuantos principios civilizadores habia diseminados en las varias escuelas filosóficas que dividian á las altas inteligencias de la sociedad pagana, los poseia el cristianismo con mas abundancia, y sobre todo, con la ventaja de un sistema homogéneo, en el que todas las grandes verdades se hallaban coordinadas con admirable unidad, y colocadas bajo la salvaguardia de una fé ardiente. Pero *ademas* de aquel vaso de tierra que, como decia San Pablo, encerraba los tesoros de Jesucristo, se desprendian nociones de moral que iban á encontrar á las masas abandonadas por la filosofía, y les revelaban el verdadero destino de la humanidad sobre la tierra y despues de esta vida.—En efecto, el cristianismo no fué solamente un progreso en las verdades conocidas antes de él, que las dilató, completó y revistió de un carácter mas sublime y de una fuerza mas simpática, sino que fué ademas [y esto al pié de la letra hasta para los mas incrédulos] *un descendimiento del espíritu celestial....*"

II. Despues de la *concepcion* del cristianismo por los apóstoles, hay otra cosa que nos maravilla y que descubre tambien á nuestra vista su divinidad, y es la *resolucion* de aquellos, de predicarlo por todo el universo.

¿Cómo esos pobres hombres esperaron y se atrevieron á lanzarse en una empresa tan descabellada, faltándoles todos los medios humanos y atravesándoseles en su paso todos los poderes de la tierra?

La mas insignificante accion tiene su estímulo, y este está siempre en razon de las dificultades y de los medios. Tal es la indeclinable ley de nuestra naturaleza: ley tan necesaria en el órden moral, como en el físico las del equilibrio y de la mecánica, con la singularidad, empero, de que en el primero es tanto mas esacta, cuanto la carencia de cultura y de desarrollo moral é intelectual permite á la naturaleza del individuo en quien obra, mas sumision en conformársele: en otros, la observancia de esta ley tiene por garantía el peso de la razon; en este goza de todo el poder del instinto. Esto supuesto, figuraos por un lado una empresa tan colosal como la de cambiar la faz del mundo, convertirlo y trocarlo, por decirlo así, de arriba abajo, y por otro la mas completa carencia de medios que se pueda concebir: ni fortuna, ni habilidad, ni seduccion, ni fuerza, ni nada, nada hasta de lo que se necesita para cautivar á un niño; y entre esta carencia de medios y este cúmulo de dificultades, colocad á un hombre de naturaleza sencilla, pero buena, á quien se le proponga acometer la empresa; y en fin, suponed que la emprende, que la abraza, que se precipita en ella con una confianza invencible, y que ha previsto todas las dificultades, y que estas se atraviesan á su paso: ó la razon no es ya nada y nada valen las reglas de la naturaleza humana, ó ha de haber en este hombre un estímulo de una fuerza incalculable que puedo ignorar, pero que desde luego reconozco. Estoy dispuesto á creerlo todo, antes que creer que obra de este modo sin impulsion, y sin una impulsion que me inclino á juzgar tan estraordinaria como su confianza. . Tales se nos presentan los doce apóstoles; es decir, que tenemos doce ejemplos esperimentales de nuestro argumento, ninguno de los cuales cede á otro en evidencia. Por esto, cuando les oigo decir y publicar que vieron á Jesucristo resucitado y que recibieron el espíritu de Dios, los creo sin trabajo y me siento obligado á creerlos, porque nada de esto, aunque sobrenatural, es imposible á la divinidad, y se encuentra en perfecta armonía con todo lo que ya sé de Jesucristo, y ademas, porque si no quiero admitirlo, me veo obligado á admitir en su lugar, en la accion de los apóstoles, una cosa contraria á la naturaleza, que no se concibe, que no puede esplicarse; una imposibilidad monstruosa, como lo seria en el órden físico *un hombre que anduviera sin piernas*, el milagro de predileccion de Rousseau.

Para salir del círculo de este argumento, seria necesario poder encontrar una causa humana cualquiera, que esplicase la determinacion de los apóstoles á la empresa de la conversion del universo. Y esto no se logrará jamas. Ofrécese aquí la discusion, con tanta frecuencia entablada por los apologistas, de los diversos motivos humanos que hubieran podido impulsar á los apóstoles á tan gigantesco propósito. Nosotros dejaremos que la trate Bossuet con aquella entereza y energía de buen juicio que constituye como el temperamento de su genio. Vamos á trascribir un pasaje poco conocido, estraido de su panegírico de San Andrés.

"En una empresa tan estraña, no digo haber salido bien como á ellos les sucedió, sino haberse atrevido á esperar, es una señal cierta de la verdad. No hay mas que la verdad ó la verosimilitud que puedan hacer que los hombres esperen. Ya sea un hombre prudente ó temerario, si espera, no hay medio: ó la verdad le obliga, ó la verosimilitud le seduce; ó la fuerza de aquella le convence, ó la apariencia de esta le engaña. Aquí todo lo que se ve admira; todo lo que se preve es contrario; todo lo humano es imposible. Luego donde no hay ninguna verosimilitud, es necesario concluir que la verdad es lo único que sostiene la obra. Búrlese el mundo cuanto quiera: despues de todo, es preciso que la mas fuerte persuasion que haya ecsistido jamas en la tierra, sobre la cosa mas increible, entre las pruebas mas difíciles y en los hombres mas incrédulos y mas tímidos, el mas osado de los cuales renegó cobardemente de su maestro, tenga una causa aparente. El fingimiento no llega á tal punto, no dura tanto tiempo la sorpresa, ni es tan regular la demencia.

"Porque, en fin, resumamos el argumento de los incrédulos y libertinos. ¿Qué quieren pensar de nuestros santos pescadores? ¿qué? ¿que habian inventado una bella fábula, la cual se complacian en anunciar al mundo? Pero la hubieran hecho mas verosímil. ¿Que eran insensatos é imbéciles que no se entendian á sí mismos? Pero su vida, sus escritos, sus leyes, la santa disciplina que establecieron, y en fin, los sucesos mismos, prueban lo contrario. Es una cosa inaudita, que la sutileza invente tan mal ó que la demencia ejecute tan felizmente: ni el proyecto prueba hombres astutos, ni el resultado hombres desprovistos de juicio. No son hombres prevenidos que mueren por sentimientos que mamaron con la leche. No son especuladores y curiosos que, habiendo meditado en el retiro de su bufete cosas imperceptibles acerca de misterios incapaces de esplicacion, convierten sus opiniones en ídolos, á los cuales defienden hasta con la muerte. No nos dicen: hemos pensado, hemos meditado, hemos deducido. Sus pensamientos podrian ser falsos, sus meditaciones mal fundadas, sus consecuencias mal deducidas y defectuosas. Nos dicen, sí: Hemos visto, hemos oido, hemos tocado con nuestras manos, y muchas veces, y por mucho tiempo, y muchos juntos, á Jesucristo resucitado de entre los muertos. Si dicen verdad, ¿qué puede replicárseles? si inventan, ¿qué pretenden? ¿qué ventaja, qué recompensa, qué fruto piensan sacar de sus trabajos? Si esperaban algo, debia ser, ó en esta vida ó para despues de su muerte. Esperar en esta vida, no se lo consienten ni el odio, ni el poder, ni su propia flaqueza. Véaseles, pues, reducidos á los siglos futuros, y en este caso, ó esperan de Dios la felicidad de sus almas, ó de los hombres la gloria y la inmortalidad de sus nombres. Si esperan la felicidad que promete el Dios verdadero, es claro que no piensan engañar al mundo; y si el mundo quiere figurarse que el deseo de señalarse en la historia hubiese ido á lisonjear á aquellos espíritus incultos hasta en sus barcas de pescadores, diré solo lo siguiente: si un Pedro, un Andrés y un Juan, en medio de tantos oprobios y persecuciones, pudieron prever con tanta anticipacion la gloria del cristianismo y la que nosotros le damos, ya nada quiero mas eficaz para convencer á todos los hombres razonables de que semejantes personas eran hombres divinos, á quienes el espíritu de Dios y la invencible fuerza de la verdad hacian ver, en la estremidad de la opresion, la victoria ciertísima de la buena causa."

Es imposible contestar nada á esto: es el puro buen sentido, es la razon hablando, y nosotros no tenemos de ello mejor seguridad que el asentimiento íntimo que obtiene en el alma del lector. Es preciso, pues, renunciar á encontrar una causa humana cualquiera á la mas colosal resolucion que jamas haya ecsistido, con la mas absoluta carencia de medios que pudiéramos imaginar. Y como sin embargo, es necesario que semejante resolucion tenga una causa, y una causa inmensa, fuerza se hace abrazar la única que aparece y que declaran sus agentes: la divinidad de Jesucristo, su resurreccion verdadera, su asistencia sobrenatural.

San Juan Crisóstomo hace una bellísima reflecsion que descubre mas aún, si es posible, la divinidad de Jesucristo en la conducta de los apóstoles: —"Es muy comun, dice, olvidar despues de muertos á los que amó uno con mas ternura. Los apóstoles abandonaron y negaron á Jesucristo mientras vivia, y cuando hubo sido crucificado mueren por él. Por consiguiente, lo vieron resucitado."

No sabemos; pero esta sencilla reflecsion nos parece admirable, y propia para hacer brillar la verdad en una alma que no se defiende contra su luz. —Desarrollémosla un poco, y hagámosla resaltar por medio de algunos detalles.

Es cierto, pues los Evangelios deben ser creidos, á lo menos en lo que nos dicen en contra de sí mismos, que durante la vida de Jesucristo los apóstoles no sentian por él mas que una adhesion nada ilustrada, y grosera, que les hacia equivocarse á cada instante sobre el sentido espiritual de la felicidad y del poder que constituian el fondo de todas sus promesas. Con frecuencia se les vió vacilar entre él y sus enemigos, y á veces hasta compartir con éstos la incredulidad y las murmuraciones. Uno de ellos le hizo abierta traicion. Sin embargo, se mantuvieron en torno suyo mientras fué objeto de la pública admiracion y pudieron enorgullecerse con sus favores y vivir de sus beneficios. A este precio habian abandonado las redes que una secreta inclinacion de hábito y desconfianza, les hizo, no obstante, volver á tomar muchas veces: pescadores y apóstoles á la vez. Pero llegó el momento de la grande prueba. Para confortarlos, en su postrer banquete les dió el buen maestro los mas tiernos testimonios de su amor y las mas reiteradas seguridades del prócsimo cumplimiento de sus promesas. No les disimuló, empero, las ignominias, los sufrimientos y la muerte por que tenia que pasar; pero hizo brillar á través de todo la esperanza de su resurreccion, y la efusion de aquel espíritu que debia enseñarles todas las cosas y realizar por medio de ellos la dominacion universal, el reino eterno del Cristo, que era la grande espectacion hereditaria de su nacion. Deslumbrados por esta esperanza y conmovidos sin duda por tanto amor, prometieron ser fieles; pero ¡vana promesa! ¡ardor quimérico que la simpática confidencia con Jesucristo alimentaba en aquellas almas sencillas, pero que la espantosa realidad de su pasion y de su ignominiosa muerte debia disipar, interponiendose entre ellos y él! Muy pronto, en efecto, no le vemos mas que solo en manos de sus verdugos. Al principio Pedro le sigue todavía, pero *de lejos* y *por ver en qué pararia aquello.* Un instante despues, á las preguntas de una simple criada, lo niega, y protesta por tres veces que nunca lo ha conocido. En fin, aquel tímido rebaño, digno de semejante pastor, se disipa hasta el punto de no aparecer ya mas ni uno de ellos, escepto el apóstol San Juan, cuya compasiva amistad vuelve á aparecer entre las santas mujeres al pié de la cruz, cuando la muerte de la víctima ha

desarmado á sus verdugos, y que ya nada hay que hacer sino darle sepultura.

No obstante, en este completo naufragio de la fidelidad apostólica, en que nuestros pescadores se muestran tan perfectamente hombres, parece que no hubiera debido abandonarles la esperanza, pues nada habia sucedido que su maestro no les hubiese anunciado; y ademas, éste habia aplazado para despues de su muerte la manifestacion de su poder. Podia resucitar al tercero dia, conforme habia prometido. No importa, esta esperanza habia sido impotente para conservarlos fieles. ¿Qué debia suceder, pues, cuando no resucitando el Cristo, no solamente les iba á acabar de abandonar aquel débil sentimiento de esperanza, sino que se iba á convertir en justo despecho por haber sido engañados?

Hay algunas circunstancias que justifican esta interpretacion natural de las disposiciones de los apóstoles. No los vemos desde luego muy solícitos en acechar el momento de la resurreccion de Jesucristo; de modo que no son ellos, sino las santas mujeres quienes van y vienen al sagrado sepulcro. Ni siquiera dan un paso movidos por la curiosidad. Escandalizados con la muerte ignominiosa de Jesucristo, están muy persuadidos de que el que acaba de dejarse tratar de aquel modo, no puede ser un Dios; por esto dejan que se pase el dia tercero sin hacer ninguna diligencia. Unicamente encontramos á dos de ellos andando por el camino de Emaús, y que en la esacta pintura que nos hace el Evangelio de sus personas, se reflejan perfectamente las disposiciones que acabamos de insinuar. "Y dos de ellos, dice el Evangelio, iban aquel mismo dia [el tercero por la tarde], á una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalen setenta estadios. E iban conversando entre sí de aquellas cosas que habian acaecido. Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó á ellos un viajero, (1) y caminaba en su compañía. Y les dijo: ¿Qué pláticas son esas que tratais entre vosotros caminando, y por qué estais tristes?—Y respondiendo uno de ellos llamado Cleofas, le dijo: ¿Tú solo eres forastero en Jerusalen, que no sabes lo que allí ha pasado estos dias?—¿Qué? repuso él.—De Jesus de Nazaret, le contestaron, que fué un varon perfecto, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes á condenacion de muerte, y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que él era el que habia de redimir á Israel; y ahora, á pesar de todo esto, hoy es el tercer dia que han acontecido estas cosas. Es verdad que algunas mujeres de las nuestras nos han espantado; las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciéndonos que habian visto allí vision de ángeles, que les dijeron que él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro para cerciorarse de la verdad del hecho; y encontraron el sepulcro vacío, y que él no estaba allí." (2)

Tales eran las disposiciones de los apóstoles, disposiciones que bien merecian que Jesus les contestase de repente: "¡Oh necios y tardos de corazon para creer!"

En fin, hay todavía otra circunstancia que acaba el cuadro de la incredulidad y desaliento apostólico; circunstancia sencilla, pero muy significativa, que nos proporciona el mismo Pedro, el gefe del rebaño: *Me vuelvo á pescar*, le dice á Tomás y algunos otros discípulos; y *vamos tambien nosotros contigo*, le contestaron éstos. (3)

He aquí á los apóstoles vueltos pescadores. Hasta aquí habian esperado, aunque débilmente: *sperabamus;* pero ahora he aquí que el mismo gefe da la señal y el ejemplo del abandono, *vado piscari*, y vuelve á tomar su primer oficio.

Tales eran los apóstoles entonces mismo en que la presencia de Jesucristo, ó su reciente memoria, ó en fin, la esperanza de sus promesas, podian todavía animarlos: gente sencilla, pero tosca, incapaz de adhesion, de valor, de fé, de nada generoso y estraordinario, y dejándose arrastrar torpemente por su natural condicion.

Y sin embargo, despues de algunos dias volvemos á encontrar á estos mismos hombres reunidos todos en un solo proyecto, que es morir por Jesucristo, tomar su cruz y hacerla adorar en aquella misma ciudad que está humeando todavía con su sangre, en medio de aquel mismo pueblo que gritaba poco antes: *¡Crucifícalo, y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* y en presencia de aquellos mismos doctores y magistrados que sublevaron á este pueblo y legitimaron su rabia sanguinaria. En aquella misma ciudad, repetimos, en medio de aquel mismo pueblo, en presencia de aquellos magistrados, han resuelto los apóstoles, tan indolentes en defender á Jesucristo mientras vivia, hacerlo adorar despues de muerto. Su celo por la gloria de este ajusticiado, de este maldito, no se limita á esto: quieren que toda la Judea, toda la Samaria, toda el Asia, la Grecia y la misma Roma caigan de rodillas á los piés del instrumento de su suplicio. Aun no es esto bastante para sus almas enardecidas; codician mas todavía, y las miras de su proselitismo abrazan desde luego el universo entero. Tan circunspectos y tardíos en creer, tan fugitivos y dispersos, vueltos poco antes á sus redes, de repente los vemos hechos otra vez apóstoles fervorosos: se confortan para no incurrir ya mas en desliz, avanzan para no retroceder ya mas ni un solo paso, y sin embargo, de todas partes llueven mofas, amenazas, tormentos y todo género de muerte; y Jesucristo no está con ellos, y murió, y no ha cumplido su palabra de resucitar, y todo para ellos se ha perdido, hasta esta frágil esperanza..... ¡Cualquiera que seas, oh lector, consulta tu naturaleza humana, y pregúntale si todo esto no es el trastorno completo! ¿De dónde ha podido salir repentinamente en semejantes hombres y en tales circunstancias, esa confianza? ¿de dónde una energía tan inaudita? ¿de dónde ese celo y esa seguridad que de todo se rien y que no temen ni la muerte, no solamente en sí misma, sino por el perjuicio que va á causar á su empresa?.... Si han visto al Cristo resucitado, si lo han visto bien, si lo han visto todos, si han recibido la invisible fuerza del espíritu de Dios, si por sí mismos hacen á cada instante prueba de esa asistencia sobrenatural obrando milagros, si con su sola sombra curan paralíticos, si hacen temblar á los demonios, concebimos que no tiemblen ellos, concebimos que el celo y el amor de la verdad, de la cual tienen ellos en sí tantas garantías, los arrastren á desafiar el universo, seguros de regenerarlo con la ayuda del que lo crió; concebimos su heróica y generosa muerte, lo concebimos y admiramos todo.... Pero si no hay nada de todo esto, si el Cristo ha permanecido en su sepulcro, si no se les ha aparecido como ellos mismos dicen, si la pusilanimidad y desconfianza, contra las que habian podido precaverse durante su vida, son justificadas por una muerte sin resurreccion; si nada de nuevo les ha acontecido ni nada ha ocurrido á su rededor desde que los dejamos amedrentados y fugitivos, no esperando ya, y volviéndose á sus barcas de pescadores.... ¡Oh! entonces nada de todo esto concebimos; nuestra imaginacion se pierde en un caos de imposibilidades sin solucion, y en lugar de un suceso que comprendemos muy bien poder ecsistir en el órden sobrenatural, que escede á lo acostumbrado sin chocar á la razon, y que hasta la eleva y ennoblece, anudándose con un órden de verdades que preceden y que siguen, y cuyo encadenamiento compone el mas armonioso todo, nos encontramos con un suceso que deberia ser perfectamente claro é inteligible, y que es no obstante el mas completo trastorno de la naturaleza, y la desesperacion de la razon.... No podemos vacilar: incredulidad ó absurdo. ¡Esto es demasiado! Nosotros nos inclinamos decididamente hácia el lado en que se manifiestan la razon y la fé.

III. Y sin embargo, todavía no hemos visto el prodigio del prodigio: *el resultado.* Aquí, lo confesamos, faltan palabras para espresar toda la fuerza de una prueba semejante. Por lo mismo creemos que no es necesario insistir en ello, pues las cosas hablan en esto por sí mismas á los que tienen el corazon abierto á la verdad; y por lo que hace á los demas, ya sabemos que la causa de su ceguera no la disipan los raciocinios..... No necesita el sol de demostraciones: él mismo se pone en evidencia.

No obstante, veamos:

El argumento que resulta del establecimiento del cristianismo es el mas fuerte, porque es el mas inmediato de todos: es el que se llama *ad hominem.* Su fuerza está en razon de la resistencia de aquel á quien se opone. Para convencer á la incredulidad se apoya sobre la incredulidad misma.

Dices que no crees en la divinidad de Jesucristo, y que no puedes tomar la doctrina de la cruz en sentido absoluto. Hay cosas, añades, en esta doctrina, que á pesar de todos los raciocinios, todos los hechos, todos los principios y todos los resultados que se pueden juntar para procurar persuadírtela, te chocan y la impiden entrar en tu espíritu; por mas que se haga, por mas que tú mismo hagas, no puedes tener fé.... la fé real, la fé completa, la fé que adora, que todo lo atropella, si es menester, y que muere por su objeto. No estamos en el caso de investigar la causa de una incredulidad tan tenaz é invencible. Por cierto que no deberá ser la pura razon y la recta voluntad, y seguramente no serás en este punto menos inocente de lo que te figuras. Pero en fin, cualquiera que sea la causa, te parece natural y legítima; no puedes creer, y te son necesarios milagros para convertirte.

Sea en buena hora; pero convengamos todos sin embargo, en que ese cristianismo, en el cual no puedes creer, es mucho mas creible en el dia, que cuando apareció por primera vez en el mundo. Tú has nacido en tu seno y lo has encontrado enteramente establecido; penetrado de su influencia, has sido cristiano antes de ser hombre, y para dejar de serlo te ha sido preciso sacudir todas tus preocupaciones de la infancia. Indudablemente tu disposicion á la incredulidad hubiera sido mucho mas franca y mucho mas completa, si no hubieses sido educado en las ideas cristianas: ¿qué hubiera sucedido, pues, si hubieses sido criado en otras enteramente opuestas? No está todo aquí: tu incredulidad de hombre tiene aún que vencer otros obstáculos y nivelar otras consideraciones; porque, en fin, si el cristianismo no te parece literalmente divino, á lo menos es imponente por su duracion, por sus beneficios, por sus relaciones y por sus glorias. Ecsiste, y ecsiste solo, sin que se le oponga ninguna otra religion. Es el culto de la patria, el culto de tus antepasados, el culto del mundo civilizado. Tiene en su favor todo cuanto hay y habido de grande, de bello y de ilustre en el mundo, y no podemos nombrar nada de todo lo que ha honrado al espíritu humano, sin recordar al mismo tiempo su nombre. A pesar de todo esto tú eres incrédulo; ¿cuál seria tu incredulidad si nada de esto ecsistiese? ¿cuál seria en un estado de cosas diametralmente inverso, si jamas hubiese resonado en tus oidos la palabra cristianismo, y si criado, educado y formado en las ideas, hábitos y costumbres paganas, oyeses decir por primera vez que un ajusticiado quiere ser adorado, no al igual, sino en lugar de todos los dioses, cuyo brillante culto está identificado con todas las preocupaciones, todos los recuerdos, todos los intereses y pasiones de la patria, de la sociedad y de la naturaleza? ¿que el instrumento de las ejecuciones que se coloca en las plazas públicas, debe ser en adelante preferido á todo y convertirse, con las ideas abyectas, horribles y repugnantes que sujiere, en el único objeto de estudio, de gloria y de afeccion que debe ocuparte y absorberte, hasta el punto de desechar todo cuanto no esté conforme con él, y hasta morir, si es preciso, por confesarlo? ¿Podrian ocurrirse á tu espíritu y á tu boca otras calificaciones para aplicar á semejante doctrina, que las que le

(1) Este viajero era, segun el Evangelio, el mismo Jesucristo; pero como nos colocamos en el punto de vista de la incredulidad, no lo decimos, y solo nos limitamos á lo que se dice de los discípulos.

(2) Luc., XXIV, v. 13 á 24.—¡Qué tono de verdad! *¡Amigo mio, no es así como se inventa!*

(3) *Vado piscari, venimus et nos tecum.*—Juan, XXI, 3.